

Fabián y el Titanic

Alberto Zamuner

Fabián y el Titanic

Cuento

Alberto Zamuner

Capítulo 1

Fabián y el Titanic

Entramos mirando todo bastante intrigados.

Era la primera vez que íbamos a una conferencia y no sabíamos bien de qué se trataba.

También nos miraban a nosotros. No era habitual que a las conferencias fueran chicos de quince años.

Todo empezó en casa del tío de Fabián.

Siempre se refería a él como “mi tío el ocultista”, por los libros que leía y los temas de que conversaba.

Fue un jueves. Fabián había ido a preparar equipajes porque ese fin de semana lo llevarían a Mar del Plata (yo no me habría imaginado un “ocultista” cargando su auto y yendo a Mar del Plata como la gente común), cuando leyó en el programa de actividades del Centro de Estudios Esotéricos (se llamaba más o menos así), a donde solía asistir su tío, que el sábado se daría una conferencia sobre “La tragedia del Titanic y un caso de precognición”.

Corrió a decir a sus padres que lo llevaran; porque sería de noche y en una zona a la que no sabía viajar. Los padres no quisieron, porque no les simpatizaba eso de los estudios esotéricos. Finalmente le pidió al tío que dejaran el viaje para el otro viernes y ese sábado lo llevara a la conferencia.

La tía casi se pelea con el marido, pero éste disfrutaba de que alguien en la familia le siguiera la corriente con esos temas.

Fabián vivía obsesionado por la historia del Titanic. No se perdía ni un libro, ni un documental, ni un recuadrito en una revista. En las vacaciones había ido con sus padres a Europa y los había convencido de visitar el puerto de Southampton y los astilleros de Belfast. Daba la sensación de que nadie sabía del tema como él.

El viernes, en el colegio, me invitó a la conferencia.

Y ahí estábamos. Era un salón con unas cuantas sillas y no demasiados asistentes.

A la hora indicada apareció el conferencista; un señor delgado, alto y con

anteojos.

Comenzó a explicar que en 1898 un tal Morgan Robertson había publicado una novela llamada "Futilidad", que narraba el hundimiento de un barco. Podría tratarse de una obra dramática como otras, y un naufragio era ideal para enmarcar un drama. Pero ¿por qué la nave en cuestión se llamaba "Titán" cuando el Titanic todavía no empezaba a proyectarse? ¿Por qué necesitaba decir que la tragedia ocurría en el primer viaje, o que la causaba el choque con un iceberg, o que era una noche fría, o que fue en abril... cuando se podía contar la misma historia con cualquier otro dato de la imaginación?

Más todavía: el barco de la ficción medía cincuenta metros menos! que el Titanic de catorce años después, llevaba "más de 2000 pasajeros" (el Titanic llevó 2227), desplazaba 70.000 toneladas (el Titanic, 66.000), tenía tres hélices, desarrollaba 25 nudos y viajaba de Inglaterra a Nueva York. Se hablaba de él como "el más grande que había cruzado las aguas", se aseguraba que era "imposible de hundir" y, como si fuera poco, no llevaba botes salvavidas para todos los pasajeros.

¿Para qué meterse en tales precisiones si con o sin ellas era posible una buena novela? Si el autor lo había hecho para matizar su relato, había coincidido en nada menos que quince detalles precisos con la historia que nosotros conocíamos pero él no.

Todos desembocamos forzosamente en la gran pregunta: ¿Por qué en 1912 ocurrió casi exactamente lo narrado en 1898? Dicho de mejor manera, ¿por qué alguien escribió en 1898 lo que iba a pasar en 1912?

A esta altura nadie se atrevía (como presintiendo que le leerían la mente y se le burlarían) a pensar el término "casualidad".

El señor de anteojos afirmó que en aquel caso, como en varios otros, no había más explicación que la de que el ser humano tuviera alguna capacidad para percibir hechos futuros. Comentó algunas otras "coincidencias" semejantes, entre las que se destacaba una tragedia aérea de 1977, sobre la que previamente un norteamericano había dejado en una escribanía un sobre con los datos del avión y otros detalles.

Entonces aventuró su explicación: además del mundo que vemos con nuestros ojos hay otros "niveles" de la realidad, tan reales como éste, en los que podría decirse que el tiempo "no transcurre de la misma manera". Hasta comentó que esto parece coincidir con las afirmaciones de Einstein de que el tiempo no es independiente del ámbito en que transcurre.

Dijo que cuando dormimos nos "desconectamos" del nivel de realidad que percibimos con los sentidos y residimos en lo que llamó "mundo astral", del que a veces traemos recuerdos que consideramos simplemente

“sueños”. En ese nivel de la realidad podemos ver hechos que “aquí” son futuros pero “allí” no.

Esto parece más frecuente en la premonición de tragedias; porque una considerable cantidad de gente aterrada lanza una descarga de emociones que recorre ese “mundo astral” con una potencia que puede ser percibida por otras personas, especialmente cuando duermen y están “residiendo” en ese nivel. No importa que en “este” nivel el receptor viva en lo que llamamos un “momento anterior”; porque el modo de transcurrir del tiempo al que estamos acostumbrados es el del mundo físico; pero parece que hay otros, aunque en nuestra mente no quepan muy bien las explicaciones del caso.

Luego de finalizar su exposición, el conferencista contestó consultas y comentarios de los asistentes.

El tío de Fabián nos llevó a su lado y nos presentó.

Le hicimos también algunas preguntas.

Después, medio absortos por semejante tema, nos fuimos en el auto del tío.

- Bueno, ¿estás conforme ahora?

- Claro... - contestó Fabián -. Yo sabía lo del libro de Robertson, pero no tenía ni idea de cómo explicarlo.

- Yo digo una cosa - intervine -: si se puede presentir una tragedia, ¿por qué no la presienten los que van a viajar?

- Es como si esa facultad la tuviera sólo alguna gente - explicó el tío -, y se les despertara a veces sin que la controlen en lo más mínimo. En la conferencia estuve pensando en lo que me pasó justamente hoy a la mañana...

- ¿Qué te pasó?..

- Resulta que en plena calle se me rompió la caja de dirección y empecé a irme hacia la vereda. ¡Eso sí que fue como ir en el Titanic!.. En seguida pude frenar; pero lo curioso fue un tipo que iba por la vereda de espaldas y se dio vuelta antes de escuchar la frenada. Es como si hubiera percibido algo... tal vez mi susto...

- ¿No será que alguien te vio y le gritó?

- No vi a nadie más en la calle. Era temprano.

- Puede ser algún modo de premonición - me atreví a explicar.

Fabián tuvo otro interrogante: - Si se puede ver el futuro, ¿eso quiere decir que ya "está escrito", que todo va a pasar de determinada manera hagamos lo que hagamos? No me gustaría...

- Siempre aparece esa pregunta - respondió el tío -. Pero no es que el futuro se vea porque sea un tramo de una película ya filmada, al que iremos a parar forzosamente. El futuro lo hacemos nosotros en la medida en que sea posible; porque nuestra voluntad se entremezcla con la voluntad de los demás y con las circunstancias. Si alguien ve el futuro no es porque ya esté hecho y preparado para proyectarse, sino porque de algún modo su percepción "salta" a través del tiempo, desde un momento en que un determinado suceso no sucedió ni "está escrito" hasta uno posterior en que sucede o sucedió.

No teníamos ganas de irnos a dormir; pero pronto llegamos a mi casa y me dejaron.

El domingo a la tarde fui a la casa de Fabián.

- Hubo una cosa que anoche no se nos ocurrió; pero hoy me pasé el día pensándola.

Me senté a escucharlo.

- Digamos que algunos presienten el futuro porque les llegan esas vibraciones que decía el tipo. Digamos que todo eso pasa sin control. Pero, ¿qué pasaría si alguien que ya conoce un suceso quisiera enviar a propósito esas vibraciones hacia personas del pasado?

- ¿Puede ser que algunas premoniciones se hayan enviado voluntariamente?

- Más todavía: en ese caso se podría modificar algo que ya pasó.

Me puse a imaginar qué pasaría si algo así fuera posible.

No terminaba de pensarlo, y casi empezaba a decirlo, cuando Fabián se me adelantó:

- ¿Y si tratáramos de salvar al Titanic?..

Nos estremeció nuestra propia idea. Nos quedamos en silencio como

digiriendo lo que habíamos dicho.

Aun sin la menor noción de cómo intentarlo, la decisión nos incendió por dentro, se apoderó brutalmente de nosotros, nos animó con una fuerza de la que ni siquiera nos atrevimos a dudar.

No sé si era la curiosidad o la conmoción ante una idea llamativa; pero si fuera verdad aquello de que la fe mueve montañas, en ese momento me lo confirmaba la sensación instalada en cada parte de mí.

- Pero... ¿cómo se haría?.. ¿Cómo podríamos nosotros...

- Yo tampoco tengo mucha idea... - Fabián ya se tomaba la ocurrencia como una obligación -. Según los que saben no es una cuestión mental. Más bien son sensaciones o presentimientos.

- Claro... A veces se siente como que algo va a ir mal. A lo mejor se está captando lo que uno mismo sentirá más adelante.

- Y a lo mejor esa sensación puede ser enviada.

- Pero... ¿cómo enviar una sensación? ¿Y a quién?

- Al Capitán... Tiene que ser al Capitán. Imaginémonos: van a demasiada velocidad para una zona de hielos; quieren batir un récord para el cruce del Atlántico; sienten que todo va a salir bien, que todo es maravilloso, que todo es fiesta... Si en ese momento al Capitán lo sacudiera alguna sensación distinta, alguna premonición o chispazo de duda, sería natural que quisiera disminuir la velocidad o ir a controlar todo desde el puente de mando.

- Y la historia habría sido otra - se me ocurrió para cerrar la idea.

- Y la historia será otra. Porque ahora nosotros sabemos qué hacer.

Me quedé mirándolo.

- Tenemos que concentrarnos... No pensar sino sentir... Sentir miedo... Sentir la sensación de que va a pasar algo terrible... Y sentirnos en el cuerpo del Capitán. Tal vez fuera una de las personas capaces de captarlo, y una ligera sacudida pudiera inquietarlo y moverlo a hacer algún cambio.

- ¿Y qué vamos a decir si alguien nos ve haciendo semejante ejercicio?

- Ah, no... Me parece que nos concentraríamos mejor a la noche, cuando nadie nos vea. Además, al estar casi todos durmiendo la vibración que enviemos va a salir sin interferencias del ambiente - explicó Fabián como

si fuera una prueba de radioaficionados.

Pero su entusiasmo fue desacelerando al verme repentinamente quieto y abstraído.

- Hay... digamos que hay una falla en lo que pensamos - le dije una vez que hube redondeado la idea.

- ¿Qué?

- Supongamos que no se hunde el Titanic... No habrá titulares de la catástrofe. Después no habrá documentales, ni libros, ni películas... Más adelante naceremos nosotros... y nunca ingresará a nuestra mente algo que no pasó. Podríamos haber evitado el naufragio; pero ni nos daríamos cuenta de lo que hicimos.

Fabián se quedó mudo, como si en un arranque de maldad le hubiera estropeado la fiesta.

- Es cierto... ¿Y cómo arreglamos eso?

- Me parece que no tiene arreglo.

- ¿Cómo no va a tener arreglo? ¡Dijimos que lo haríamos!

¿Qué podía responderle a alguien que no aceptaba renunciar a nada?

Nos quedamos en silencio, sintiéndonos mitad vencidos y mitad obligados a resolver "eso" que repentinamente pretendía arruinar el plan.

- ¿Y si lo dejamos escrito para volver a enterarnos? - Fabián tenía más capacidad de desear que de razonar.

- Pero date cuenta... Cualquier cosa que hiciéramos sería lo mismo que todo lo otro: un efecto del hundimiento del Titanic. Si no existe la causa tampoco existirá nuestro escrito.

Otra vez el silencio aplastante; la impresión de que chocábamos contra lo inmodificable.

Mientras me preocupaba tenía ante mis ojos el escritorio de Fabián. Entre otras cosas había un pendrive.

- No sé... - dije al cabo de un rato de intentar capturar mi propia idea -. No sé si tiene sentido; pero podría haber una forma.

Fabián me miró como volviendo a ser mi amigo.

- Imaginate una computadora - le expliqué -. Puede pasarle algo que le modifique algún dato; pero si fuera de ella tenemos una copia de seguridad lo restauramos.

- No entiendo...

- Si todo lo que existe dentro del tiempo depende de lo que pasó previamente, la solución para que algo no sea afectado es tenerlo fuera del tiempo, como los datos que se salvan porque están fuera de la computadora. Si de verdad alguna parte de la mente puede funcionar por encima del tiempo, la cuestión es poner toda la voluntad en "guardar" nuestros recuerdos en ese nivel, y darle la orden de volver a nuestra memoria ni bien hayamos enviado la premonición al Capitán. Si produjéramos una versión del mundo sin naufragio del Titanic, inmediatamente se reinstalará en nosotros la versión "con naufragio".

- ¡Ahí está! - Fabián casi lo festejó. - Ahora vamos a poder.

- Es nada más que una suposición... Pero no se me ocurre que haya otro modo.

- Sea como sea tenemos que hacerlo.

- Vamos a coordinar para empezar a la misma hora, vos aquí y yo en mi casa.

- Digamos que a las tres de la mañana, que sería cuando todo está más quieto.

- A las tres nos concentramos en formar esa copia de nuestros recuerdos y a las tres y cinco empezamos con la señal al Capitán.

Y así, sin más, lo planificamos como el más sencillo de los juegos; como algo que se hiciera todos los días.

Lo curioso es que de vez en cuando, al razonar un poco más, seguíamos con la misma convicción de que podríamos.

Se nos hizo largo el resto de la tarde.

Cenamos con los padres de Fabián, sin que se nos ocurriera casi nada que decir.

A la noche nos despedimos como soldados que parten a una misión.

En mi casa consulté la hora por teléfono, comprobé la exactitud del reloj y lo puse para que sonara a las tres menos diez, como para dar a mis padres alguna explicación de por qué había sonado a esa hora y luego prepararme. En pocos minutos volvería el silencio y todo estaría en condiciones.

No tenía sueño. Mientras cerraba los ojos como haciendo fuerza para que pasara el tiempo, me vi a cada rato empezando el ejercicio, o quedándome dormido, o dándome cuenta de que era imposible.

En alguno de esos desvaríos habré acabado durmiéndome.

Sonó el reloj.

Enseguida escuché a mi mamá.

- ¿Qué pasa?.. ¿Qué hora es?..

- Perdoná... Puse mal el despertador.

Como ocurre muchas veces luego de dormir un rato, todo lo que habíamos planeado me pareció lejano, casi absurdo, como si se le hubiera ocurrido a algún desequilibrado y no a nosotros.

Pero en minutos volví a estar tan convencido como antes.

Afuera transcurría la más silenciosa de las noches.

Me senté en la cama, con la espalda recta como los yoguis, diciéndome que si actuaban así sabrían por qué.

Empecé a figurarme una esfera, blanquecina, inmóvil, impenetrable, envolviendo todos mis recuerdos y manteniéndolos más allá del tiempo. Deseé con todas mis fuerzas, hasta casi sentirme temblar, que permanecieran así y volvieran a mí tal como habían sido.

Me sentí absolutamente seguro de aquello ya estaba obedeciendo a mi voluntad.

Eran las tres y cinco.

Con un poco de miedo, pasé a pensar en lo otro.

Me imaginé una noche fría, muy fría, el olor del mar, y pasajeros en un salón resguardado y ostentoso.

Serenidad, opulencia, música de fondo... y el Capitán Smith, un rostro aprendido de memoria en viejas fotos, un cuerpo robusto de andar

tranquilo, despreocupado, excesivamente despreocupado.

Me sentí yo mismo siendo él, disfrutando casi amodorrado esa escena de abundancia, de bullicio, de convicción de que sus pasajeros, y su compañía, y él y su barco transitaban alguna senda privilegiada, por encima del mundo y sus aflicciones.

Llegué a percibir el aroma de los manjares, de las bebidas, de los tabacos.

Y como con furia, como indignándome al verlos soñar que todo era exclusivamente lindo, les lancé mi avalancha de miedo, de sano e indispensable miedo.

No... No puede ser que todo esté obligado a salir bien... No hay satisfacción y continuamente satisfacción... Siempre aparece lo que no queremos... y aparece sin avisar...

Creí ser el capitán y estremecerme, pasar de la embriaguez de lo agradable a la conmoción. Sentí que mi interior era un estanque al que caía una piedra. Se quebró la frágil lisura superficial. La quietud dio paso al temblor, la modorra a la angustia, la placidez al espanto.

El mundo donde también se sufre y se muere estaba ahí, al otro lado de esos ventanales que nos abrigaban.

Casi sentí que algo se retorció en mí, que me sacudía desde adentro hacia fuera hasta tal punto que los demás se daban cuenta.

Me estremeció algo que no había trazado con mi pensamiento: un breve vislumbre de gente cenando y alzando la cabeza para observar mi expresión.

Me metí con tanta fuerza en lo imaginado que por momentos no distinguía entre estar en mi cama o en un salón, o sobresaltándome, o deteniéndome, o saliendo a afrontar un aire extremadamente frío.

Me mareé, me sentí inseguro de alcanzar lo que nos proponíamos. Y al instante me pareció ser de nuevo el capitán, y luego estar con Fabián diciendo que lo habíamos logrado... o que había sido nada más que un delirio. Y después no estar ni en una ni otra parte, o no saber si soñaba o veía todo de verdad.

Tal vez en algún momento acabé acostándome y dejando el ejercicio sin darme cuenta, o soñé estar retomándolo, o descansando aliviado, seguro de que el capitán ya sentía ese algo...

- Despertate, mi amor, despertate...

Comenzó como un llamado lejano, nebuloso, transoceánico... Terminó siendo la voz de mi mamá.

Estaba sentada en el borde de mi cama.

Por la ventana entraba mucha luz. No había puesto el despertador a la hora de ir al colegio.

Me disponía a saltar de la cama, cuando me di cuenta de que ella seguía aferrándose el brazo y su expresión no era la de todos los días.

- ¿Estás seguro de que querés ir?

La miré, mientras terminaba de despertar y trataba de hacer memoria.

- ¿Ir a dónde?..

- Al entierro... No sé si te va a hacer bien. Ya estuvimos ayer y no me parece que haga falta...

Me senté bruscamente en la cama.

- ¿Qué entierro? ¿El entierro de quién?

- Ay... Dios mío... A este chico le pasa algo...

Entró repentinamente mi papá. Me alivió ver que no se trataba de él.

- Parece que no se acuerda... ¿Por qué le pasa esto?

Mi papá se sentó a nuestro lado, puso una mano en la espalda de ella y otra en mi brazo.

- Vamos a estar siempre con vos... Queremos que puedas enfrentarte con esto... Nadie va a poder reemplazar a tu amigo; pero va a estar a tu lado toda la gente que te quiere.

- ¡Fabián!..

Mi cabeza buscó refugio entre mis rodillas y mis brazos. Todo pareció venírseme encima, aplastarme. Otra vez ese mareo, ese movimiento del piso y ese no saber dónde estaba. Luego la duda de que estuviera pasando de verdad. El llanto de mi madre a través de un espacio escalofriante y neblinoso... El interrogante de qué había pasado... El

miedo de preguntar, porque a ellos les horrorizaba que no lo supiera.

Lloré abrazado a mis padres, y a ellos se les agregó la extrañeza de ver que parecía enterarme en ese momento.

No me lo decían; pero adiviné su idea porque ya se había encendido en mí: tal vez la desesperación, la incapacidad de aceptar, me movían a mutilar la realidad, a arrancar y despedazar una página que ya había estado ante mis ojos.

Me levanté y fui a vestirme. No me atreví a volver a hablar.

Salimos a la calle y tomamos un taxi.

Mi papá venía a mi derecha. Miré disimuladamente su reloj.

Había llegado a pensar que en vez de una noche había pasado más tiempo y por eso no estaba enterado de tantas cosas. Pero no: era la fecha que tenía que ser.

El taxista percibió nuestro malestar y pareció nervioso.

- Vamos a enterrar a un amigo de mi hijo y a sus tíos - mi mamá reaccionó contra la tensión del silencio. - Tenía quince años... Iban a Mar del Plata y se les rompió la caja de dirección.

- Ah, sí... Lo escuché en la radio.

- Qué barbaridad... Parecen descuidos insignificantes pero son vidas. Son vidas... No lo entendemos de verdad hasta que un día nos pasa.

Llegamos a una empresa funeraria.

Con la incomodidad del momento en que se llega a un velatorio fui a abrazar a los padres de Fabián; pero me recibieron como si ya hubiera estado.

Pasé a la sala mortuoria. Los ataúdes estaban cerrados porque los cuerpos habían sido muy dañados por el choque.

Me quedé mucho tiempo en una silla.

No me entraba en la cabeza ni la ausencia de Fabián ni todo lo que pasaba sin tener que haber pasado. Me inundó poco a poco una conmoción; fría, amarga, inaceptable; una sensación de haber jugado con algo que apenas sospechábamos y se extendía demasiado más allá.

Me levanté pensando en moverme un poco, cuando vi apoyado en una pared, cabizbajo y con las manos en los bolsillos, al señor de anteojos que el sábado había dado la conferencia.

Fui a saludarlo; porque habíamos hablado unos cuantos minutos con él.

- Hola...

- Hola... ¿Eras amigo de Fabián?

Lo dijo por mi edad; no porque pareciera conocerme.

- Sí...

- Yo era amigo del tío.

- ¿Usted da conferencias?..

- No... Iba con él a un centro de estudios donde se dan conferencias; pero no las daba yo.

Quise explicarle que no era así, que algo andaba mal. ¿Cómo decirle que había ido a una conferencia que él no había dado con personas que a esa hora ya habían muerto?

- El tío nos habló del centro de estudios. A veces conversábamos sobre esos temas.

- Últimamente estuvimos analizando casos de premoniciones... No me lo vas a creer... Él viajaba seguido a Mar del Plata, y ésta fue la única vez que dijo sentir una sensación rara y no estar muy decidido; pero el sobrino era tan loco por el mar que terminó convenciéndolo.

Estuve un momento, tal vez demasiado largo para el caso, sin saber qué decir. Después me atreví a volver sobre el asunto:

- Me enteré de que en 1977 un norteamericano dejó en una escribanía datos sobre un accidente aéreo, que después pasó tal cual lo había soñado.

- Si, me acuerdo de la noticia.

- ¿Y hay algún otro caso notable?

- Siempre aparecen anécdotas sobre sueños en las biografías de personas famosas, y cuando uno lo habla se encuentra con que algún amigo o

pariente tuvo experiencias parecidas.

- ¿Y por qué pasa?

- Habría que estudiarlo...

Nos avisaron que ya salíamos hacia el cementerio.

Quise estar entre los que llevaran el ataúd de Fabián. Se me sumaron otros compañeros del colegio.

En el cementerio, mientras algunos rezaban, otros lloraban y yo sentía el mundo más vacío que nunca, descubrí que de aquella historia del barco deslumbrante y del desastre aleccionador se nos había pasado por alto lo más serio: mucha gente, de un momento a otro, se habría quedado sola.

Lentamente fuimos retornando a los autos. Al rato nos dejaban ante la casa de Fabián.

Esa mañana no se me había ocurrido qué decirle a sus padres.

Cuando íbamos a despedirnos, el padre vino hacia mí con un portarretratos.

- Queremos regalarte la última foto de Fabián. Es de las vacaciones.

La miré.

Fabián saludaba agitando los brazos. A su espalda, la superestructura blanca y arrogante de un barco de principios de siglo, con cuatro inconfundibles chimeneas.

- ... Es el Titanic...

- Sí... - me contestó con la mayor naturalidad -. Todas las excursiones a Europa incluyen una visita al Titanic.

- Ustedes... estuvieron...

- Creí que Fabián te habría contado todo sobre el Titanic; porque fue lo que más le gustó. Se conservó como museo por ser lo más espectacular de su época. La gente se entusiasmaba por los barcos veloces, y éste cruzaba el Atlántico en tiempo récord. Hasta reemplazaron al primer capitán por ser demasiado precavido.

No supe qué decir. Me quedé paseando la mirada por la foto.

Mi mamá se acercó para despedirse.

Saludamos a los padres de Fabián y nos fuimos.

Desde entonces los visito a menudo y me muestran recuerdos de sus viajes.

Tengo otros amigos. Pero ya no es lo mismo.

Conversando con alguno me asaltó la idea de contarle todo. Pero ¿qué sentido tendría? ¿De dónde sacar una razón para creerme? Sería como si alguien me dijera que evitó la caída de la Torre de Pisa.

A veces me entretengo imaginando al Capitán Smith jubilado y añorando el mar, o a unos cuantos tipos muriendo de viejos sin saber que eran héroes o miserables, o a las señoras que siguieron teniendo marido para tratarse mal todos los días.

Me gustó más la idea de los chicos que siguieron teniendo padre; ¿pero cuántos lo habrán perdido en la guerra que ya llegaba?

Al fin y al cabo no creo que el mundo nos deba algo demasiado importante. Dejando de lado lo original del método, no logramos nada muy distinto a lo de siempre.

Lo que sí me importa es que ya no esté Fabián; para seguir hablando sobre cuántas cosas raras nos rodean o preguntarnos si la realidad no será algo más que lo que vemos.

Sólo me queda encontrarlo cada día en la foto, entusiasmado y con los brazos en alto, como quien se despide o como quien festeja una victoria.